La copa de aceitunas

Guillermo Samperio

La fiesta brava, un ritual milenario, está asociada en el imaginario popular con la valentía y la tragedia. En este cuento de Guillermo Samperio, el autor de Gente de la ciudad *y* Miedo ambiente y otros miedos*, se engarzan los destinos de los dos integrantes de una pareja, durante una calurosa tarde en Sevilla en que el ruedo conoce el infortunio de un torero muerto.*

La dama de cabello rubio lleva un velo blanco hasta la cintura. Su blusa-corsé rojo sostiene sus senos al aire, por cierto bien dotados, y la falda azul empieza bajo su ombligo perfecto; y su abanico airea su cuerpo.

La tarde es seca y en extremo calurosa en Sevilla y la mujer no quiso ir a la plaza a ver torear a su hombre, tan distinguido como El Lagartijo o Dominguín; se hizo acompañar por dos amigas quienes, como ella, también se encuentran casi desnudas. Una, sobre un tapetillo de cañitas, cruza la pierna izquierda; la otra se mira al espejo y se abanica la tarde, junto a un cuadro gótico donde una madona observa al Cristo puesto en un sarcófago transparente, vestido de granate y coronado de espinas. Las tres mujeres platican con gracia y la hacen de cantaoras.

En La Plaza de la Real Maestranza, mientras tanto, se torea a lo lindo; Pablete, el marido de la mujer acalorada y semidesnuda, está frente a su tercer toro. Lleva cuatro orejas y le piden el rabo; empieza el último tercio del último toro, de nombre Isleño, y Pablete se acerca, con su acostumbrada valentía, a pitones, moviendo la muleta hacia al frente y hacia atrás para desconcertar al astado. Se lo hace venir por la espalda y, luego, de frente, con una serie de muletazos de cuatro pases, remata con elegancia, mirando hacia el público y recogiéndose la muleta para abrazarla y levantar el mentón con furia; pone en pie a la plaza y los olés volaban como pájaros frenéticos fuera de la Real Maestranza.

El rey, en su palco, quien ha venido de Madrid con su gente a la Fiesta de Oro, como la prensa le llamó a esta corrida, saluda con su pañuelo blanco de bordes corales. Pablete está aguardando, otra vez, de espaldas a Isleño, el cual arranca sacando polvo entre las patas; el matador le da el primer pase y el animal pasa bufando. La plaza se pone en pie.

Pablete da otros dos pases de espalda y en el segundo casi le jalonea la taleguilla a la altura del trasero; de pie, la gente está pidiendo que el toro regrese vivo a cuadrillas, pero el espada se sacude el trasero y vuelve a citar de espaldas a Isleño para, al fin, rematar e ir a la estocada.

El mismo rey manda pedir que Isleño regrese a cuadras, pero el toro, que pesó 567 kilos, va ya hacia Pablete, a quien el cuerno izquierdo le entra a la altura del riñón, lo jalonea en el aire, como muñeco de paja; Pablete cae sobre la arena de un golpanazo, girando sobre la arena. Su gente intenta alejar y distraer a Isleño, animal negro entrepelado y decidido, pero este arranca de nuevo y vuelve a prender el cuerpo del estómago. Los chorros

Pablo Picasso, *Minotauro acariciando a una mujer dormida*, 1933

de sangre se miran desde la última fila de sol, lo mismo que los intestinos y otras partes del vientre.

Al fin, lo azota de nuevo y un capote milagroso logra sacar al de Miura del terreno de Pablete, quien no activa ya ni un dedo. Entran con la camilla, acompañados del médico quien, con rapidez, le acerca el estetoscopio al corazón unos cuantos segundos, mientras lo suben a la camilla. Están sacando al espada mientras el médico hace una señal hacia el palco del rey, con el puño cerrado y el dedo pulgar hacia abajo.

Sacan a Pablete del ruedo y el gentío, incluido el rey, lo aplaude hasta lastimarse las manos; ya lo lloran y se abrazan entre sí. Y, como es debido en la ceremonia del debate entre toros y toreros, en el momento en que Isleño regresa a cuadrillas, se lleva una granizada de aplausos, pues ha dado una corrida que pasará a la historia. Un mensajero llega hasta el palco del rey y le confirma el fallecimiento de Pablete; el mandatario de España saca, de entre los encajes de su blusa, un pañuelo rojo; lo agita hacia la plaza con lágrimas en los ojos. En ese momento, cada asistente de la Plaza de la Real Maestranza extrae un pañuelo blanco y las gradas se llenan de palomas acongojadas.

En casa del matador, las tres mujeres se encuentran bebiendo vino y casi están por completo desnudas; la mujer de Pablete va por aceitunas y, al ponerlas en una copa esférica, un ahogo le sube a los pechos; empieza a llorar sin razón alguna, va con sus amigas y la animan.

Llega, de pronto, el apoderado de Pablete e informa, con la vista baja y vidriosa, que el gran espada acaba de fallecer; dijo que torero y toro, al instante del primer impacto, hacían una figura descuadernada, como una escultura de líneas rectas, donde lo negro, lo rojo, lo dorado y lo sepia de la arena, en un instante se detuvieron y dejaron un cuadro de Goya para la eternidad; la copa de aceitunas reventó en el piso.

Y, por fin, acongojadas, las tres mujeres terminan de quitarse el ropería, quedando desnudas como las Tres Gracias que pintaría Picasso. Ante tal prodigio y suspendiendo un poco el luto, el apoderado intenta desvestirse ante la mirada pasmada de la viuda. Él piensa que, finalmente, el apoderado es el apoderado por la maravilla de los toros y por todo el dinero que invirtió en Pablete cuando el matador no tenía dónde caerse muerto. Pero el apoderado no contaba con que Pablo Yépez Lizárraga, alias Pablete, había hecho pactos con los dioses antiguos a través de una cabalista. Y cuando el apoderado empezaba a quitarse la camisa, tras bambalinas, es decir, tras los biombos griegos que el matador y su mujer habían traído de su último viaje a Grecia, apareció un fauno encolerizado, que Pablete poseía para cuidar a su dama.

Se dice que en las cortes, el apoderado llegó malherido y que las cuentas que entregó a la viuda fueron de las más transparentes desde la época de El Lagartijo. La mujer, vestida de negro de pies a cabeza, con un velo tan fino que se notaba la hermosura de sus facciones, derramó alguna que otra lágrima. A la prensa declaró que lo que menos le importaba era la herencia que le había dejado su esposo y que, desde el día en que Isleño, al cual no le guardaba rencor, acarreó con Pablete, al amanecer despierta llorando. Sin embargo, anunció que llevaba tres meses de embarazo y, ya fuera hombre o mujer lo que naciera, estarían en el ruedo; desde luego, con otro apoderado.

A la pregunta de un tal fauno que la cuidaba, ella no respondió, pero dijo que el apoderado bien podía explicar el asunto. El apoderado declaró que no existía tal fauno, que fue una alucinación que él tuvo y que los responsables de sus heridas, que le costaron un mes de hospitalización, habían sido unos gitanos bandoleros. **u**